

PRIMERA PARTE

Santiago 1:1-18

Pruebas y Tentaciones

CAPITULO UNO

Las Pruebas y la Paciencia

Santiago 1:1-8

Nadie conoce las pruebas que padezco,
nadie sino Jesús.

Nadie conoce las pruebas que padezco,
¡gloria, aleluya!

En siglos recientes, pocos grupos humanos han soportado el dolor y el sufrimiento experimentado por los africanos, vendidos como esclavos y esparcidos por el Hemisferio Occidental. Sin embargo, estos esclavos africanos en el Caribe, en Norte, Centro y Sudamérica, después de cantar “Nadie conoce las pruebas que padezco”, podían decir “¡Gloria, aleluya!” Estas personas fueron un modelo de las exhortaciones de Santiago en medio de sus tribulaciones.

Hace casi 2.000 años, Santiago se dirigió a la comunidad esparcida entre pueblos extranjeros (1:1) que pasaban por pruebas intensas, encarcelamientos y sufrimientos similares. Como un pastor ideal, Santiago reconoció sus necesidades. Fue sensible al hecho de que una carta o sermón que tratara temas teológicos y doctrinales abstractos no satisfaría sus necesidades actuales. Estaría rascando donde no picaba. La necesidad que sentían era la de sobrevivir a su sufrimiento actual. ¿Qué deberían hacer cuando las pruebas y tentaciones los asaltarán?

A lo largo de su carta, y de distintas maneras, Santiago trata de ser tanto sensible como dinámico al tratar los sufrimientos y pruebas que enfrentaba su comunidad. Aquí, al comienzo del documento, combina la

reacción y la acción. Desafía a sus lectores no sólo a regocijarse en sus pruebas (1:2-4) sino también a obtener una buena perspectiva y a seguir el rumbo correcto durante este período de su existencia mediante la adquisición de sabiduría (1:5-8).

■ Introduzcámonos en la Palabra

Santiago 1:1-8

Lea Santiago 1:1-8 dos o tres veces. Si fuera posible, léalo en dos o tres versiones diferentes. Después de haberlo leído varias veces, comience a responder las siguientes preguntas:

1. Si tiene acceso a otras traducciones de la Biblia, anote en su cuaderno las diferencias que encuentra entre las distintas traducciones. ¿De qué manera ayudan estas diferencias a clarificar el mensaje del texto?
2. ¿Qué le parece que tenía en mente Santiago cuando se dirigió a los destinatarios de la carta como “a las doce tribus que están en la dispersión”? La frase, ¿es literal, espiritual o metafórica? Explique.
3. Lea el Sermón del Monte (Mateo 5-7). Anote en columnas en su cuaderno los textos de Mateo que parecen decir lo mismo que los de Santiago 1:2-8.
4. Utilice una concordancia o las referencias marginales de su Biblia y/o un diccionario bíblico para identificar otros textos bíblicos que hablan acerca de la necesidad de sabiduría. ¿Se le ocurre alguna historia bíblica de alguien que pidió sabiduría? ¿Qué historia?
5. ¿Por qué le parece que Santiago utilizó la metáfora de las olas del mar para ilustrar a la persona vacilante? ¿De qué manera le ayuda esa metáfora a visualizar a tal persona?
6. ¿Diría usted que Santiago ve las dificultades, las pruebas y los sufrimientos desde el punto de vista de una persona realista, de una idealista, o ambas? ¿Qué evidencia puede aportar acerca de este pasaje para fundamentar su respuesta?

■ **Exploremos la Palabra***Saludos*

El autor de la epístola se identifica como Santiago (1:1). Tal vez, no vio necesario identificarse más ampliamente pues sus lectores sabían quién era él. Si, como se sugiere en la Introducción, esta epístola es uno de los primeros documentos del Nuevo Testamento, el autor pudo haber sido uno de los dos Santiagos que se destacaron en la iglesia primitiva: Santiago, el hijo de Zebedeo, o Santiago, uno de los líderes en el Concilio de Jerusalén (Hechos 12:17; 15:13; 21:18), quien parece ser la misma persona que el hermano de Jesús (Gálatas 1:19). No se registra que Santiago, el hijo de Zebedeo tuviera un papel destacado en la vida de la iglesia primitiva. En realidad, fue martirizado en el año 44 d.C. En contraste, el otro Santiago parecería haber sido una figura altamente respetada en la comunidad de Jerusalén en las décadas tercera y cuarta del primer siglo. Parece probable que este último Santiago sea el autor de esta epístola.

Santiago se identifica a sí mismo como siervo o esclavo de Dios (1:1). Aunque el término griego *dóulos* (esclavo, siervo) denota lealtad, obediencia y humildad absolutas, también puede indicar una posición de privilegio y honor. Esta última acepción del término es la que prevalece en el Antiguo Testamento cuando los grandes dirigentes de Israel son llamados siervos de Dios. Por ejemplo, Moisés es llamado “siervo de Jehová” en la posdata de Deuteronomio (34:5). Encontramos el mismo uso en la oración majestuosa de Salomón cuando hace referencia al liderazgo de Moisés durante el éxodo (1 Reyes 8:53; compare con la oración de Daniel en Daniel 9:11) y cuando Dios se refiere a Moisés como “mi siervo” en el mensaje final de parte de Jehová que da Malaquías (Malaquías 4:4). David es otra de las figuras importantes de la historia judía a quien se llama siervo. Cuando Dios se dirigió a él por medio del profeta Natán para establecer su gran pacto con David y le prometió que su casa sería establecida para siempre, Dios lo llamó “mi siervo” (2 Samuel 7:5, 8; véase también Jeremías 33:21).

Y cuando Ezequiel reitera las palabras de Dios en relación al nuevo “pacto de paz” (“pacto perpetuo”), se invoca en forma poderosa a la “servidumbre” de David (Ezequiel 37:24, 25). También en unos pocos lugares del Antiguo Testamento se hace referencia a los profetas en general como siervos que eran enviados con mensajes al pueblo “duro de cerviz” (Jeremías 7:25, 26) y que fueron tratados en forma detestable por ese pueblo (44:4). Pero fue a esos profetas/siervos a quienes Dios siempre reveló sus planes (Amós 3:7). Es en esta línea de profetas y dirigentes del pueblo de Dios que Santiago se presenta a sus lectores.

Pero Santiago también se ve a sí mismo como siervo de Jesucristo (1:1). Es posible, como se observó en la Introducción (véase la p. 17), que esta frase fuera insertada más tarde bajo dirección divina por un discípulo o un editor cristiano para asegurar a los lectores posteriores los orígenes cristianos de la epístola y también para confirmarles la dedicación del autor al servicio y a la soberanía de Jesucristo. La inspiración permite esas adiciones editoriales, y éstas no le quitan en absoluto la naturaleza inspirada a la Palabra de Dios. Sin embargo, si Santiago mismo escribió estas palabras, se está identificando aquí como “cristiano” (un término que posiblemente fue dado en forma peyorativa más tarde a los seguidores de Jesús; véase Hechos 11:26). Santiago, entonces, se vería no sólo como un judío firmemente arraigado en la tradición del Antiguo Testamento y en los grandes líderes y profetas, sino también como seguidor de su hermano Jesús. Debería notarse que Pablo también se llama a sí mismo “siervo/esclavo”, pero casi siempre simplemente como “siervo de Jesucristo” (Romanos 1:1; Gálatas 1:10; Filipenses 1:1). Es interesante notar que Tito 1:1 dice: “Pablo, siervo de Dios y *apóstol de Jesucristo*”. Santiago, sin embargo, es el único autor del Nuevo Testamento que utiliza la doble combinación de servidumbre (siervo de Dios y de Jesucristo) en sus palabras iniciales.

A continuación Santiago identifica a su audiencia. Sus lectores son “las doce tribus que están en la dispersión” (1:1). Existen básicamente dos ideas en cuanto a quiénes constituyen las “doce tribus”. Pueden ser hijos de Israel literales, en sentido racial, o la iglesia cristiana, una comprensión metafórica.

Los que creen que Santiago fue escrito hacia el final del primer siglo, o por lo menos después de los escritos de Pablo, sostienen este punto de vista metafórico. En las epístolas de Pablo y de Pedro y en Hebreos, los atributos de la nación de Israel son aplicados a la iglesia cristiana. Por ejemplo, en Romanos 9:24-26 se cita a los profetas refiriéndose a la iglesia como el nuevo Israel, y en Gálatas los cristianos son llamados hijos de Abrahán (3:7-9) e Israel de Dios (6:16; compare con 1 Pedro 2:9, 10; Hebreos 3:6). De hecho, a lo largo de todo el libro de Hebreos todo lo concerniente a la antigua religión de Israel ahora pertenece a la iglesia cristiana de una manera superior. Santiago, entonces, se argumenta, está dirigiendo su epístola a la iglesia: las “doce” tribus del Israel espiritual.

Otros estudiosos de la Biblia, sin embargo, sienten que Santiago está escribiendo a personas judías e interpretan el término “doce tribus” literalmente. Algunos intérpretes limitan la frase a los cristianos de origen judío; pero algunos, incluyéndome a mí (véase *Poverty and Wealth*, pp. 8-11), sostienen que Santiago está escribiendo un documento que él quiere que sea oído tanto por los seguidores de Jesús como por cualquier otro israelita que esté escuchando en su comunidad. Está escribiéndole a *todo* el pueblo de Dios, especialmente a sus compatriotas judíos que están sufriendo. Al dirigirse a ellos como “las doce tribus” está siguiendo sencillamente una forma popular de identificar a los judíos en aquella época (Hechos 26:7).

Nos queda todavía un problema en este versículo. Santiago se dirige a sus lectores como “a las doce tribus *que están en la dispersión*”. En griego, la palabra así traducida es *diasporá*. La pregunta que nos enfrenta es: ¿Quiénes constituyen la *diasporá*? Es un término técnico usado normalmente para los judíos que vivían fuera de Palestina, pero que fue adoptado más tarde por los cristianos del primer siglo para resaltar su posición como extranjeros en esta tierra (1 Pedro 1:1, 17; 2:11; Hebreos 11:13; 13:14). Algunos piensan que Santiago, al igual que Pedro en su primera epístola, utiliza esta palabra en sentido metafórico. Por lo tanto, los destinatarios son específicamente creyentes cristianos, el Israel verdadero, que están esparcidos por todo el Imperio Romano. De acuerdo con esta línea

de razonamiento, la mayoría de estos han sido esparcidos por la severa persecución religiosa. Casi todos los eruditos creen que 1 Pedro está dirigida a una situación de persecución religiosa. El hecho es, sin embargo, que a diferencia de 1 Pedro, no hay evidencias de persecución religiosa en Santiago.

Hay otra razón por la cual debemos entender esta palabra (en español, *diáspora*), en forma diferente en Santiago respecto de cómo es utilizada en 1 Pedro. En Santiago tiene un artículo definido en el griego, y, por lo tanto, tiene la intención de ser utilizada en sentido absoluto al referirse a la diáspora judía, mientras que en 1 Pedro carece del artículo y por lo tanto debería ser interpretada en su sentido técnico cristiano posterior.

Es digno de notar que la dispersión de los judíos data del siglo IX a.C., cuando los israelitas fueron llevados cautivos durante las guerras o emigraron con propósitos comerciales (1 Reyes 20:34, 35). La primera diáspora a gran escala, sin embargo, ocurrió en el 722 a.C., cuando los asirios derrotaron al reino del norte, Israel, destruyeron Samaría, su capital, y se llevaron a Asiria a casi todo el pueblo perteneciente a esas diez tribus (2 Reyes 17:23; 1 Crónicas 5:26).

El segundo traslado de israelitas a gran escala ocurrió cuando Nabucodonosor conquistó el reino del sur, Judá, destruyó Jerusalén, y llevó a Babilonia a las mejores personas y las más brillantes de la población (2 Reyes 24:14-16; compare con Salmo 137). El tercer traslado obligatorio fue cuando el general romano Pompeyo conquistó Jerusalén y a los judíos en el 63 a.C. y se llevó a muchos de ellos a Roma como esclavos.

La diáspora judía fue creada no sólo por traslados obligatorios debidos a la guerra. Cantidades mucho mayores abandonaron Jerusalén y Palestina por propia voluntad, buscando una vida mejor lejos del hogar. Dos territorios en especial recibieron judíos: Siria en el norte y África en el sur, especialmente Alejandría, en Egipto, donde más de un millón de judíos vivieron durante el primer siglo d.C.

Si Santiago utilizó el término diáspora en este sentido, su epístola está dirigida entonces a los judíos esparcidos fuera de Palestina y no a las personas de la comunidad en la cual él vivía. Pero la idea de

que la diáspora estaba limitada a los judíos fuera de Palestina puede no ser correcta. Existen evidencias de que había judíos de la diáspora que vivían en Palestina. De hecho, había tan pocos judíos en algunas partes de Palestina que no podían ser considerados como parte de la dispersión. Mas aún, los judíos de la dispersión se encontraban incluso en Jerusalén. Esto parece evidente en Hechos 2, cuando se menciona que en el día de Pentecostés “moraban entonces en Jerusalén judíos, varones piadosos, de todas las naciones bajo el cielo” (v. 5). Los versículos 8-11 continúan enumerando las diversas nacionalidades que representaban muchos grupos idiomáticos, y el versículo 6 declara explícitamente que cada persona escuchó en su propio idioma materno. Es interesante que los judíos de la diáspora que vivían en Jerusalén tenían sus propias comunidades separadas y sus propias sinagogas, según lo evidencia la inscripción de una sinagoga en Jerusalén (véase Maynard-Reid, “Poor and Rich”, p. 127).

Aunque la frase “en la dispersión” es utilizada en su sentido absoluto, y por lo tanto haría referencia normalmente a los judíos fuera de Palestina, a mí me parece que Santiago se está dirigiendo fundamentalmente a una comunidad en Palestina (y posiblemente en Siria, porque para los historiadores y geógrafos antiguos Palestina y Siria eran en realidad una unidad) con la cual estaba familiarizado y en la cual vivía. Los pasajes que hacen referencia a la situación social o que describen un ambiente social indican que el autor está involucrado personalmente en la situación descrita. Los colores con los que pinta el ambiente demuestran que tanto él como sus lectores forman parte de él (1:9-11; 2:1-7; 4:1-6, 13-17; 5:1-6).

También es posible que al dirigirse a sus lectores como “la diáspora”, Santiago esté recordando su situación histórica. Aunque muchos de los que estaban esparcidos en el extranjero se fueron por su propia voluntad, una gran parte de la dispersión se debió a circunstancias que estaban lejos de ser las ideales. La dispersión, por lo tanto, estaba asociada al sufrimiento. La comunidad de Santiago, esparcida entre los gentiles (“naciones”) de Palestina y que estaba pasando por mucho sufrimiento, podía captar fácilmente la conexión y el juego de palabras que posiblemente tenía en mente el autor.

Tornando la Derrota en Victoria

Santiago es realista. Reconoce que la vida es una sumatoria de varias pruebas (1:2). Las pruebas son pruebas no importa la forma que adopten. Pueden ser de muchos colores, jaspeadas, diversas, complejas e intrincadas. Pueden ser sencillas o una irritación pasajera, pero son pruebas igualmente. Ninguno de nosotros disfruta de las pruebas. Nuestro estado ideal es uno de felicidad, comodidad, sosiego, y finalmente de seguridad, ¡tranquilidad agradable e imperturbada! Pero Santiago sabe que eso no es la realidad. Todos enfrentamos pruebas diariamente.

En el Nuevo Testamento, la palabra traducida como “pruebas” es *peirasmós*. Es la misma palabra traducida como “tentación”. Sólo el contexto puede determinar si significa aflicción externa (pruebas) o la seducción interior hacia el pecado (tentación). Santiago se ocupa de ambos significados al comienzo de la carta. El deseo interno, la tentación, es tratado en los versículos 13 al 15. Pero aquí, en los versículos iniciales del capítulo, Santiago se ocupa de las pruebas de diversos tipos, aquellas que abarcan todo el espectro de dificultades comunes a todas las personas. En la comunidad de Santiago, estas incluían las adversidades económicas y sociales (1:27; 2:1-6; 5:4), las enfermedades (5:14-16) y las tensiones interpersonales (4:1-12). Actualmente, los sufrimientos incluyen las presiones diarias laborales, conyugales, las cargas familiares, las enfermedades graves, las crisis financieras, la persecución religiosa y social, y cualquier otra experiencia trágica. Puede ser cualquier cosa que traiga lágrimas, dolor y fatiga.

Santiago tiene para todos nosotros una solución idealista que es bastante realista. En primer lugar dice: ¡Gócense con gozo! (1:2). Hay calidez en el tono con el que se dirige a sus hermanos y hermanas. Esto indica el espíritu de camaradería y unidad que siente con sus lectores. Solamente porque comprende su experiencia es que puede exhortarlos a sentir *sumo* (total, pleno, supremo sobre todo, sin mezcla) gozo cuando enfrenten pruebas de muchos tipos. Sólo al experimentar el dolor de otros, sólo al encarnarnos en su sufrimiento, podemos animarlos a regocijarse.

Ahora bien, Santiago no está diciendo que debemos buscar problemas y cortejar el desastre para ser felices. No está apoyando a la persona que alienta en sí misma un complejo de mártir, o que encuentra el bien absoluto en todo, o que posee un optimismo irreal. No dice que debemos derivar una satisfacción no natural del sufrimiento. Las personas normales no disfrutan las pruebas. De hecho, hacemos todo lo posible por evitarlas. Pero Santiago está escribiendo a personas que están pasando por pruebas que no son culpa suya. *No* les dice que las “pruebas *son* sumo gozo”. Antes bien, les dice que busquen el lado positivo y que conviertan su sufrimiento en el mejor bien posible: “Considerad como un gran gozo” (v. 2, BJ).

Jesús habló en forma similar en su sermón del monte cuando dijo: “Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros” (Mateo 5:11, 12).

Convertir la derrota en victoria al considerarla sumo gozo cuando uno enfrenta pruebas es una paradoja que muchos que no tienen una relación con Jesús no pueden entender. Pero Pablo la comprendía cuando escribió: “Estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos” (2 Corintios 4:8-10).

Las pruebas y las tribulaciones, las tristezas y los chascos, son oportunidades para el crecimiento y el desarrollo. Como dijo William Barclay: “No son para hacernos caer; son para que volemós. No son para derrotarnos, son para que los derrotemos. No son para que nos debilitemos; son para fortalecernos” (43). Cuando Santiago dijo que la prueba de la fe desarrolla paciencia (1:3), no estaba diciendo que las pruebas determinan si una persona tiene fe o no. Lo que está indicando es que las pruebas fortalecen la fe (no el asentimiento intelectual como algunos interpretan la fe en 2:19, sino

la confianza, como en 2:1) que ya está presente.

La perseverancia o la constancia que resulta o que se logra por medio de las pruebas ha sido entendida tradicionalmente como paciencia en el sentido de una actitud pasiva, sumisa. Pero la palabra que utiliza Santiago aquí tiene un sentido activo. Esto se demuestra en la perseverancia de Job a la que se hace referencia en 5:11. En el libro extratestamentario de 4 Macabeos, se utiliza la misma palabra para describir el coraje y la perseverancia de la madre de los héroes, sus hijos y Eleazar, que fueron conducentes para la derrota de los agresores y opresores sirios.

El cuarto libro de Macabeos no aparece en nuestro canon protestante castellano, pero es un apéndice a la traducción griega del Antiguo Testamento, la Septuaginta o LXX. Para nuestros propósitos, es importante notar que la palabra que Santiago usa para referirse a la “perseverancia” (*jupomoné*) parece más a menudo en este libro que en cualquier otro de la LXX. La historia de la madre, sus hijos y Eleazar ilustra el significado de la palabra. El incidente está enmarcado en el siglo II a.C. mientras el tirano sirio (o seléucida) Antíoco IV Epífanos gobernaba Jerusalén. En su determinación de destruir el judaísmo y reemplazarlo por la cultura griega (helenismo), prohibió la lectura del Antiguo Testamento, la observancia del sábado y la circuncisión. ¡Llegó incluso a ofrecer un cerdo sobre el altar principal del templo! Estas medidas fueron resistidas por una cantidad de judíos que, como resultado, encontraron su muerte a manos de este brutal gobernante. El cuarto libro de los Macabeos relata la tortura y el martirio del sacerdote Eleazar (5:1a 7:23), de los siete hermanos (8:1 a 14:10), y de la madre de éstos (14:11 a 18:19). En estas descripciones de sufrimiento y muerte, el autor alaba el valor, la resistencia y la oposición al rey tirano de estos mártires, que fueron considerados como los que precipitaron la derrota de Antíoco. Escribe: “Por su resistencia conquistaron al tirano, y así su tierra natal fue purificada por medio de ellos” (4 Macabeos 1:11).

Santiago, entonces, parece estar llamando a una clase de paciencia militante, heroica, y a una perseverancia como la de 4 Macabeos. Es un llamamiento a ser inmovibles, inquebrantables y

constantes. Parece haber en el término implícito un llamado a resistir las pruebas y a vencerlas. Santiago desafía a sus lectores a no sucumbir al dolor y la opresión. Es esta respuesta desafiante la que trae el sumo gozo al que se hace referencia en Santiago 1:2.

Esta perseverancia conduce a un nivel de madurez y plenitud (v. 4). La palabra traducida como “madurez plena” (DHH) ha sido vertida tradicionalmente como “perfectos”. A Santiago le gusta la palabra *perfectos*. Es un término clave para él. En ningún otro libro del Nuevo Testamento se usa tanto como en Santiago. Pero Santiago no está hablando aquí de perfección sin pecado. No se está refiriendo a la ausencia evidente de todo pecado en la vida de una persona. La palabra para Santiago hace referencia a la madurez tal como la traduce correctamente la versión DHH. El concepto tiene que ver básicamente con el carácter de una persona madura, un carácter que demuestra amor. Esto entonces sería similar a la perfección a la que Jesús llama en Mateo 5:48. En el contexto del Sermón del Monte, ser perfecto como Dios es perfecto es amar a todos, incluyendo a los enemigos (Mateo 5:43-48).

Cuando la perseverancia nos ha hecho maduros y completos mediante un compañerismo pleno con Dios y con nuestro prójimo, tenemos razón para regocijarnos, razón para tener sumo gozo. Podemos decir con Pablo: “También nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Romanos 5:3-5).

Perdiendo la Perspectiva y la Dirección

A las personas que están atravesando pruebas normalmente no les resulta natural alegrarse; más bien existe una tendencia a perder la perspectiva y la dirección. Para Santiago, la solución a este problema es la adquisición de sabiduría (1:5). Esta sabiduría, por supuesto, no es alguna especulación filosófica moderna o una erudición intelectual inerte. Santiago posiblemente estaba familiarizado con la comprensión griega de la sabiduría, que está cerca de la especulación

filosófica moderna. Los estoicos, por ejemplo, definían la sabiduría como el *conocimiento* de las cosas divinas y humanas; para ellos, la sabiduría era una “ciencia”. Para Santiago, en cambio, así como para los primeros hebreos, la sabiduría no era especulativa sino práctica. Santiago piensa como los escritores sapienciales que le precedieron (los sabios), que consideraban que la sabiduría estaba interesada en el oficio de vivir. Este es el sentido que tiene en el primer proverbio del libro sapiencial más extenso del Antiguo Testamento: “Para entender sabiduría y doctrina, para conocer razones prudentes, para recibir el consejo de prudencia, *justicia, juicio y equidad*” (Proverbios 1:2, 3; compare con Proverbios 2 y 3, que se ocupan de los beneficios morales de la sabiduría). Esta sabiduría, en lo que a los sabios antiguos concernía, sólo proviene de Dios: “Porque Jehová da la sabiduría, y de su boca viene el conocimiento y la inteligencia” (2:6). Santiago está pensando claramente en categorías judías, no griegas. Para él, la sabiduría es una cosa práctica que sólo Dios puede dar. Es por eso que Santiago nos anima a pedir sabiduría a Dios, y a pedirla continuamente. La gramática griega indica que el pedido de sabiduría no debe ser una acción única, puntual. Es una acción continua.

Nuestro autor está aquí haciéndose eco de la enseñanza de Jesús en Mateo 7:7-11 y de Lucas 11:9-13, donde se exhorta al oyente a pedir para que le sea dado. Sin embargo, en lugar de las “buenas dádivas” de Mateo y del “Espíritu Santo” de Lucas, Santiago sugiere que el lector pida el don de la sabiduría. Cuando una persona pide sabiduría, debería recordar dos cosas: (1) cómo da Dios: él da abundantemente y sin reproche (1:5); y (2) cómo debería pedir el que lo hace: debería pedir sin dudas (v. 6).

La dadivosidad de Dios es resuelta, sin reservas y sin cálculos. La palabra traducida “abundantemente” se encuentra sólo en este texto en el Nuevo Testamento, y lleva implícita la idea de “sin reservas mentales”. Dios, por lo tanto, está absolutamente dispuesto a dar, sin vacilaciones, sinceramente y sin reticencia. El no murmura ni se queja. No critica ni encuentra faltas. Nunca nos reprende por pedir demasiado. Nunca nos reprocha ni nos reprende cuando pedimos. El compromiso de Dios es total y sin reservas.

La segunda parte de la ecuación es que debemos creer y no dudar. Santiago ahora cambia de la forma en que da Dios a la forma en que debemos pedir. La forma en que Dios satisface nuestro pedido está limitada por la manera en que pedimos. Aunque Dios no tiene reticencia mental, hay una condición unida a la promesa. El que pide debe hacerlo con fe, sin dudar (v. 6). Es pertinente la declaración de Jesús en Mateo 21:21 y 22: “De cierto os digo, que si tuviereis fe, y no dudareis... si a este monte dijereis: Quítate y échate en el mar, será hecho. Y todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis”.

En este pasaje, la naturaleza de la duda acerca de la cual se nos advierte no es totalmente clara. No se dice si es duda en cuanto al objeto de nuestro pedido, de lo que se desea realmente, o en cuanto al resultado del pedido, pero ése no es el punto principal. Lo que el texto está enfatizando es que Dios está dispuesto a otorgar la sabiduría que ha prometido y que es capaz de ello.

La persona que duda es la que está fuertemente influida por la adversidad y las circunstancias diversas. Esa persona es inestable y tan variable como la conducta inconstante de las olas, que bajo la influencia de distintos vientos, son llevadas en una dirección y pronto en otra. Ese individuo es de doble ánimo e inconstante (1:6-8).

Este doble ánimo es lo opuesto a la madurez, plenitud y perfección mencionadas en el versículo 4. Es muy probable que Santiago fuera quien acuñó la expresión traducida como “doble ánimo” y que significa literalmente de “doble alma”, de “doble espíritu”. Puesto que el pueblo hebreo aceptaba el hecho de que el “alma” equivale a todo el ser, a la persona completa (por ejemplo, Génesis 2:7), una persona de doble alma sería para Santiago una especie de mellizos siameses, cada uno de los cuales mira en dirección opuesta. En *El progreso del peregrino*, John Bunyan da a una persona tal el apodo de “Señor que mira en dos direcciones al mismo tiempo”.

En el Sermón del Monte, Jesús habló de la persona que trata de ser de doble ánimo cuando declaró: “Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas”

(Mateo 6:24). En realidad, la devoción de esa persona no es hacia Dios sino hacia otra cosa que no es Dios, ya sea su yo, el materialismo o alguna otra influencia.

Es interesante que Santiago sugiere que las personas de doble ánimo no son sólo inestables en lo que llamamos las cosas espirituales, sino también en todas las áreas de la vida (“en todos sus caminos”, 1:8), en su trato cotidiano con otras personas, en sus acciones, en sus hábitos y pensamientos, durante su tránsito por la vida. Si vamos a soportar las pruebas que nos afligen diariamente y considerarlas sumo gozo, no podemos permitirnos perder la perspectiva y la dirección en ninguna área de nuestra vida. La única solución es obtener la sabiduría celestial que Dios está ansioso de darnos (v. 5).

■ Apliquemos la Palabra

Santiago 1:2-8

1. ¿Cómo le diría a un miembro de su familia o a un amigo ciego, paralítico o afectado de una enfermedad incurable, o que ha sido víctima de abuso sexual o de maltrato físico, etc., que considere su prueba y sufrimiento como sumo gozo? ¿Hay ocasiones en las cuales es mejor no decir nada? Explique.
2. Cuando enfrento frustraciones, dificultades, crisis y adversidades, ¿me vuelvo cínico, escéptico, me deprimó, me enojo, etc.? ¿Exclamo: “¡Alabado sea el Señor!”? ¿Tengo otros métodos para sobrellevar esas cosas? Explique.
3. ¿Satisface Dios siempre mis necesidades sin vacilaciones ni reservas mentales? Si no recibo, ¿soy yo siempre el que está en falta, o hay alguna otra razón? Si usted siente que pueden existir otras razones para ello, enumérelas.
4. ¿Siempre es pecaminoso dudar? Si su respuesta es *Sí*, ¿cómo explica los cuestionamientos naturales que forman parte de la naturaleza humana? Si su respuesta es *No*, ¿no contradice mi respuesta a Santiago? Explique las razones

de su respuesta.

5. ¿De qué maneras específicas me veo como una persona de doble ánimo? ¿Qué áreas de mi vida necesitan mayor estabilidad?

■ Investiguemos la Palabra

1. Busque la palabra *dispersión* o *diáspora* en un diccionario o enciclopedia bíblica. Anote dos o tres puntos acerca de cómo contribuyó, en última instancia, la dispersión judía a la divulgación del evangelio cristiano.
2. Utilice una concordancia greco-española para descubrir las distintas maneras como se utiliza la palabra griega (*peirasmós*) traducida como “prueba” y “tentación”. Enumere los casos en que la traducción sería más clara si se hubiera utilizado la otra palabra castellana. Explique su razonamiento en cada caso. Resuma sus conclusiones acerca del uso de estas dos palabras en el Nuevo Testamento. Compare sus descubrimientos con las conclusiones que encuentre en un diccionario o enciclopedia bíblica.
3. Busque la palabra *perfecto* en una concordancia. Seleccione al azar diez pasajes del Nuevo Testamento en los cuales se utiliza esta palabra. ¿Puede identificar algún pasaje en el cual es absolutamente claro que el contexto está ocupándose de la perfección sin pecado? Explique. ¿Qué otros sinónimos utilizaría en cada caso? Compare varias traducciones diferentes de los versículos que usan esa palabra. Mencione los sinónimos que encuentre allí. Lea luego algún artículo acerca de la perfección en un diccionario bíblico.

■ Estudio Adicional de la Palabra

1. Un excelente artículo que trata el tema de este capítulo es el de T. L. Howard, “Suffering in James 1:2-12”.

2. Para analizar la experiencia de un grupo específico de *personas* que han sido capaces de encontrar gozo en las pruebas por medio del canto, véase A. C. Jones, *Wade in the Water: The Wisdom of the Spirituals*. Véase especialmente el segundo capítulo: “Sometimes I Feel Like a Motherless Child: Suffering and Transformation” (pp. 18-38).
3. Un artículo más o menos técnico que muestra cómo el conflicto fe-duda se corresponde con los paradigmas afrontamiento-evitación y afrontamiento-aproximación en psicología, es el de M. Nelson, “The Psychology of Spiritual Conflict”.
4. Para un buen comentario respecto al cristiano y el sufrimiento, véase el capítulo “Ayuda en la vida cotidiana” del libro *El ministerio de curación*, de Elena de White (pp. 372- 383); especialmente la sección titulada: “La disciplina de las pruebas” (pp. 373-375).

CAPITULO DOS

Posiciones Invertidas

Santiago 1:9-11

Santiago 1:9-11 ha sido uno de los pasajes más problemáticos de las Escrituras desde que fue escrito por su autor. No porque sea difícil de entender, sino porque va contra las normas y valores de la sociedad. Inicialmente debe de haber sido difícil para los oyentes y lectores adinerados de la comunidad de Santiago haber sido denunciados sarcásticamente tan al comienzo de la carta. Es bastante posible que su reacción haya sido de rechazo hacia los comentarios del autor.

Para el segundo y tercer siglo, cuando la epístola comenzó a tener una circulación mayor, tuvo muchas dificultades para ser aceptada como parte del canon. Se ha sugerido que se debió en parte a versículos tales como 1:9-11, que ofendían al número creciente de personas adineradas que comenzaron a unirse a la iglesia cristiana. Santiago, por lo tanto, fue uno de los últimos libros en ser canonizado, casi 300 años después de ser escrito.

En siglos recientes, con la dominación del capitalismo y de las economías de libre mercado en naciones predominantemente cristianas, estos versículos de Santiago no son considerados como apropiados para los sermones ni como material para estudios bíblicos. Parecen ir en contra del gran sueño americano, jamaicano, brasilero o haitiano. Van en contra de la suposición teológica de que si sirves a Dios y devuelves tu diezmo y das ofrendas serás rico, mientras que la pobreza es una señal del desagrado de Dios y es su maldición.

¿Es posible dejar atrás siglos de interpretación correcta e incorrecta del

texto y escuchar rigurosamente a Santiago en su contexto? ¿Es posible aun enterrar temporariamente nuestra ideología económica y política y oír de nuevo la Palabra de Dios, no importa cuán difícil resulte eso?

■ Introduzcámonos en la Palabra

Santiago 1:9-11

1. Lea los versículos 9-11 dos o tres veces. Medite en ellos. Ore. Pida sabiduría a Dios para captar y aceptar su palabra; luego responda las siguientes preguntas:
2. Lea cuidadosamente 1:9-11, 2:1-8, 4:13-16 y 5:1-6. Anote en su cuaderno las características de los pobres; enumere luego las características de los ricos. ¿Encuentra algún (algunos) versículo(s) que caractericen claramente estos conceptos como espirituales antes que como económicos? Si es así, mencione cuáles. Explique por qué lo/s interpreta espiritualmente. Si no es así, explique por qué deberían interpretarse estos versículos en relación con lo económico.
3. Lea 1:9-11. Luego lea los versículos 2-8. ¿De qué manera se relacionan los versículos 9-11 directamente con los versículos anteriores? Escríbalo en su cuaderno.
4. Compare los versículos 9-11 con la parábola del rico y Lázaro (Lucas 16:19-31). Mencione todas las similitudes que descubra. ¿Puede encontrar otros pasajes en Lucas que son paralelos a estos versículos? Menciónelos.

■ Exploremos la Palabra

Pobres pero Ricos

En el capítulo anterior intenté mostrar que Santiago exhortó a sus lectores considerar como puro gozo el enfrentar todo tipo de

pruebas (1:2). En los versículos 9-11 encontramos el primer ejemplo de las intensas pruebas que enfrentaban las personas de su comunidad.

La persona de circunstancias humildes (v. 9), el individuo pobre, es probablemente quien esté enfrentando las pruebas más severas. ¿Por qué otra razón presentaría Santiago esto como su primera ilustración? ¿Y por qué otra razón trataría este tema más extensamente que cualquier otro en su breve documento?

Santiago está interesado en dar esperanza y ánimo a los pobres que sufren dentro de su comunidad. No sólo anima a estas personas de circunstancias humildes, que están enfrentando pruebas de muchas clases, a perseverar activamente (v. 3), sino que también les dice que deben ser constantes en su júbilo, que deben estar orgullosas de su “alta dignidad” (v. 9, NBE). Estas son palabras positivas de esperanza para personas doloridas.

Si, como recién sugerimos, las personas pobres, humildes, del versículo 9 pertenecen al grupo de quienes están atravesando las pruebas del versículo 2, entonces estamos observando un paralelismo entre los párrafos primero y segundo de esta carta. Yo sugeriría, entonces, que los versículos 9-11 son paralelos y sirven de ilustración al panorama general introductorio de los versículos 2-8. Esto se torna más claro si podemos establecer un paralelismo entre la persona de doble ánimo del versículo 8 y la persona rica de los versículos 10 y 11. Esto es posible cuando reconocemos (como fue mencionado en el capítulo anterior de este comentario) que una de las características de la persona de doble ánimo es el intento de servir tanto a Dios como al dinero (véase Mateo 6:24). Si era esto lo que tenía en mente Santiago, entonces no sólo la persona pobre, “de humilde condición” (1:9), es la persona paciente de los versículos 2 y 3, sino que la persona rica, orgullosa (vs. 10, 11), es la persona de doble ánimo, vacilante, de los versículos 6-8.

La palabra traducida como “humilde condición” en el versículo 9 significa literalmente “bajo, chato, humilde, insignificante, débil, pobre”. Se refiere al oprimido y afligido. Al igual que en Lucas 1:52, la referencia es a la pobreza económica en contraste con la riqueza. Esta persona está muy abajo en la escala socioeconómica y

carece de poder. Es importante notar que las diferentes palabras bíblicas traducidas como “pobre” tienen connotaciones tanto físicas como espirituales, y se refieren a características tanto externas como internas, a la condición externa de pobreza y opresión tanto como a la condición espiritual interior relacionada con el carácter de una persona.

Muchos han utilizado ese componente espiritual para desactivar el mensaje de Santiago. Para ellos, cuando la Biblia habla de pobres, de las personas de humilde condición, se refiere a los “pobres en espíritu” de Mateo 5:3. Tales “pobres”, argumentan, son los que tienen una relación con Dios. Hay una cantidad de referencias en el Antiguo Testamento, y especialmente en la literatura intertestamentaria, en las cuales el término *pobre* puede ser entendido metafórica y espiritualmente (por ejemplo, Salmo 86:1; Dubelius, pp. 39-45). En estos casos, los “pobres” son las personas piadosas que confían en Dios y que son sus devotos. No se considera en esos pasajes si los “pobres” son económicamente ricos o indigentes. Es muy posible que los económicamente pobres de la comunidad de Santiago carecieran de posesiones materiales pero fueran al mismo tiempo piadosos, dedicados a Dios y espiritualmente pobres. Pero la lectura cuidadosa de la epístola demuestra ampliamente que Santiago no está enfatizando el aspecto espiritual, interior de la pobreza; más bien está poniendo el énfasis en la situación social y económica de los pobres (2:6; 5:1-5).

Santiago anima a los pobres a enorgullecerse de su “alta dignidad” (1:9, NBE). Esta frase puede traducirse como “gloriarse en su exaltación”. La orden de enorgullecerse, gloriarse, se asemeja a la exhortación del versículo 2 de considerar como un gozo el hecho de enfrentar pruebas. En este contexto, el orgullo y la gloria no es soberbia y arrogancia. Por el contrario, es en parte lo que Douglas Moo describe como “el orgullo gozoso que posee la persona que valora lo que Dios valora” (p. 67).

Tenemos que admitir que la mayoría de nosotros encuentra más fácil alegrarse cuando viene la riqueza que cuando se va, cuando la tenemos que cuando carecemos de ella. Casi todos nos quejamos si no podemos salir adelante. Santiago reconoció la dificultad de la

pobreza. No hay dudas de que es una prueba; está en la raíz de los sufrimientos de su comunidad. Pero él igualmente anima a los pobres. Pueden ser pobres pero son ricos. Tienen una posición elevada. Sus riquezas y su posición elevada no están en el ámbito de las posesiones económicas y la posición social, sino más bien en términos de su situación para con Dios. Son el pueblo escogido de Dios y su posesión especial (2:5). Son exaltados en el reino presente de Dios y poseen su reino (v. 5; compare con Lucas 1:52, 53; 6:20) mientras esperan el reino futuro de Dios. Se convierten en poseedores de las recompensas materiales y espirituales de la herencia celestial. Los pobres tienen, por lo tanto, la exaltación real que sólo Dios da. Por esto pueden regocijarse.

Ricos pero Pobres

Aunque Santiago está interesado especialmente en el sufrimiento de los pobres, son los ricos los que ocupan la mayor parte de su atención a lo largo de la epístola (2:1-7; 4:13-17; 5:1-6). Su gran énfasis está puesto en la caída de éstos (1:10, 11; 4:14; 5:1-3). Es evidente que hace esto para establecer un contraste preciso entre la suerte final de los pobres y la de los ricos.

Como se observó anteriormente, la posición explícita de Santiago respecto de los ricos resulta difícil de aceptar para muchos. En lugar de leer la epístola en forma rigurosa, muchos inventan interpretaciones suavizadas para aplacar a los cristianos adinerados de sus comunidades contemporáneas. Pero necesitamos leer los textos difíciles dentro de sus contextos difíciles y permitirles que hablen por sí mismos sin imponerles nuestras preocupaciones.

Uno de los problemas que surgen permanentemente en relación con este pasaje es si los ricos de los que habla Santiago son cristianos o no. Algunos dicen que no, y que, por lo tanto, este texto no se aplica a los miembros de iglesia. Otros argumentan que los ricos de la epístola sí son miembros de iglesia que perderán sus riquezas como consecuencia de las pruebas a las que se hace referencia en 1:2. Lo que esos intérpretes no logran comprender (o sencillamente ignoran) es que no son las riquezas las que pasarán sino las personas

ricas (v. 10).

El tema no es si el rico es miembro de iglesia o no. Esto no tiene importancia en este contexto. De hecho, Santiago ni siquiera está tratando con los ricos como clase o como individuos. Este no es el tema aquí. El está simplemente contrastando a los pobres y a los ricos. Los primeros pueden gloriarse porque hay júbilo, exaltación. Los últimos caerán y desaparecerán. Santiago está trabajando con el tema de la exaltación-humillación como términos invertidos. En este esquema, da esperanza a los pobres al ayudarles a descubrir que aunque parecen estar humillados y abajo, en realidad están exaltados y en lo alto. Dios, al dar vuelta todo, pone abajo a los ricos y los humilla.

Cuando uno lee este pasaje, al igual que 2:5-7 y 5:1-6, parecería que Santiago no aprueba a ninguna persona rica. A juzgar por la amenaza que les presenta, parecería que bajo ningún punto de vista puede haber una persona rica y justa. Siempre que habla de los ricos, sus palabras y su tono son negativos. Su lenguaje carece de cualquier tipo de esperanza para ellos.

Cada vez que trato este pasaje u otros similares en mis clases o en el ámbito de la iglesia, surge invariablemente la pregunta: ¿Cómo podía Santiago hablar así? ¿No conocía a personas ricas como Nicodemo, José de Arimatea, María de Betania y Bernabé? Pero la respuesta a la primera pregunta es: ¿Eran realmente ricas algunas de estas personas en la época en que Santiago escribió? ¿No habían compartido sus riquezas y llegado a ser parte de la comunidad sufriente de Jerusalén (Hechos 2:42-47; 4:32-37)? Si ése era el caso, es evidente por qué Santiago no tiene ni una palabra buena para los ricos. De hecho, los que no habían compartido su riqueza deben de haber estado fuera de la comunidad.

Para hacer más fuerte su idea, Santiago se nutre del conjunto de imágenes de Isaías 40:6-8: “Toda carne es hierba, y toda su gloria como flor del campo. La hierba se seca, y la flor se marchita, porque el viento de Jehová sopló en ella; ciertamente como hierba es el pueblo. Sécase la hierba, marchítase la flor; mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre”. Santiago, sin embargo, no termina con una palabra de esperanza como lo hace Isaías. El

desarrolla una conclusión impresionante con el tema del juicio.

Santiago toma esta ilustración de la naturaleza (que era familiar no sólo para él y para Isaías sino para todos los que vivían en Palestina) para describir el destino seguro no de *todas* las personas sino sólo de los ricos. El utiliza la figura de las flores y la hierba verde, buenas imágenes de transitoriedad. La figura es la de una breve pero brillante primavera palestina, un fenómeno que continúa aún en la actualidad. Flores como la anémona y los lirios florecen profusamente en Palestina, pero desaparecen en unas pocas semanas.

Nuestro autor aprovecha luego otro fenómeno que es casi único en Palestina. Habla del sol y del calor abrasador (1:11). (Creo que la traducción “y” en lugar de “con” presenta con mayor precisión lo que Santiago está describiendo.) El foco está puesto en el Sol como agente destructor, y el calor del viento abrasador del desierto, del sudeste, que sopla incesantemente noche y día durante la primavera. Este calor puede cambiar el color del paisaje de verde a tostado en un solo día, y es fatal para los brotes tiernos y para las flores. Santiago compara a los ricos con estas flores, que aparentemente son poderosas, fuertes, majestuosas y hermosas, pero que son cortadas repentina, abrupta y completamente en el esplendor de su gloria.

Debemos enfatizar nuevamente que aquí el tema en cuestión no es la riqueza. No es la riqueza la que pasará. Son los ricos aquéllos sobre quienes viene el juicio (v. 10). Santiago no parece tener problemas con la riqueza en sí misma (un argumento proveniente del silencio, debo admitir). Su problema es con los ricos que, aparentemente, son los que acarrear pruebas y sufrimientos a los pobres. Esto será más evidente en los capítulos 2 y 5 de la epístola. El juicio les sobrevendrá mientras están ocupados en sus negocios, mientras participan de sus viajes y emprendimientos comerciales. Este es el tema que se trata en 4:13-17.

Para Santiago es evidente que los ricos son o serán puestos en el extremo inferior de la escala. En el área de la confianza y la seguridad, las cosas son invertidas de manera sorprendente. Los pobres también son colocados en la posición opuesta a la que ocupan. De su condición humilde y de su pobreza pasan a una posición elevada.

Estas son palabras maravillosamente alentadoras para las personas que están pasando por severas pruebas económicas. Se les asegura que ocurrirá una gran reversión. Los pobres que sufren, cuya pobreza es fruto de la opresión de los ricos del primer siglo (como Santiago muestra claramente en 2:6 y 5:1-6), ahora pueden alegrarse porque Dios está invirtiendo las cosas.

Aunque Santiago parece sobresalir en el Nuevo Testamento por su punto de vista estridente acerca de los ricos, el hecho es que no está solo en su proclamación. De los cuatro Evangelios, Lucas es particularmente explícito con respecto a este tema de la exaltación-humillación. Muy al comienzo de su Evangelio, Lucas se refiere a la promesa de Dios de exaltar a los pobres y juzgar a los poderosos y a los ricos. Esto es expresado por María en su cántico (Lucas 1:46-55), conocido tradicionalmente como el *Magnificat*. “Quitó de los tronos a los poderosos, y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos envió vacíos” (vs. 52, 53). Esto también es cierto en la versión de Lucas del Sermón del Monte, que presenta como el Sermón del Lugar Llano (6:17-49). A diferencia de Mateo, que dice: “Bienaventurados los pobres en espíritu” (5:3), Lucas dice simplemente: “Bienaventurados vosotros los pobres” (6:20). Y Lucas presenta la frase inversa que Mateo no tiene, pero que es paralela a los pensamientos de Santiago: “¡Ay de vosotros, ricos!, porque ya tenéis vuestro consuelo” (v. 24).

El Evangelio de Lucas está totalmente permeado con este tema de las cosas invertidas. El, al igual que Santiago, camina en las pisadas de profetas del siglo VIII a.C. como Amos, Miqueas e Isaías, quienes demostraron el cuidado especial y la preocupación de Dios por los pobres y la condenación de los opresores ricos (Amós 2:6-8; 4:1-3; 5:11-13; Miqueas 6:6-16; Isaías 1:10-26). Lucas presenta consistentemente a Jesús contando historias en las cuales los ricos sucumben en el juicio final, por ejemplo, el rico insensato (Lucas 12:13-21), y el rico y Lázaro (16:19-31). En Lucas, Jesús también está involucrado en incidentes en los cuales es evidente que los ricos no pueden alcanzar la salvación a menos que compartan sus riquezas con los pobres y oprimidos, como por ejemplo, el joven rico (18:18-30) y Zaqueo (19:1-10).

Santiago, Jesús y Lucas tendrían problemas en la sociedad actual. En la actualidad tenemos invertidos los valores en comparación con los del Nuevo Testamento. Jacques Ellul, en *Money and Power* [Dinero y poder], ha demostrado que nuestro sistema económico actual funciona como vara de medida de los valores. Los ricos, entonces, son los que deben ser emulados. Las personas son medidas por lo que poseen. Los que tienen son alabados y elogiados. Los que no tienen son compadecidos y denigrados. Los pobres son considerados como malditos por Dios; los ricos son considerados como exaltados por Dios.

No estoy intentando establecer paralelismos exactos entre nuestro mundo del siglo XX y la situación económica opresiva de Palestina en el siglo I. Pero el hecho es, como veremos más adelante, que hay paralelismos. Y si vamos a ser fieles a Santiago y a nuestro Señor Jesucristo, nosotros también debemos darles esperanza a los pobres oprimidos, mientras que al mismo tiempo desafiaremos a los ricos opresores que se niegan a compartir con los de humilde condición.

■ Apliquemos la Palabra

Santiago 1:9-11

1. Si descubro que soy rico en comparación con los que me rodean, ¿cómo debería entender las palabras de Santiago en estos versículos? ¿Qué me dicen? ¿Qué debería hacer con respecto a su mensaje?
2. ¿Qué pasaría si su pastor predicara acerca de los versículos 9-11 sin equilibrar su mensaje diciendo algo así como: “Esto no significa que todas las personas ricas se perderán ni se ‘marchitarán’ ”? ¿Cómo se sentiría? ¿Le parece que Santiago sería más efectivo si presentara una declaración como ésa, “equilibradora”? Explique su respuesta.
3. Además de los pobres y los ricos, ¿existen otras categorías o contrastes en la vida contemporánea a los que se pueden

aplicar las palabras de Santiago? ¿En qué otras áreas podría haber una gran inversión de los términos? Sea específico.

4. Haga dos columnas en su cuaderno de estudio. En la parte superior de una escriba “Orgullo positivo” y en la otra escriba “Orgullo negativo”. Anote en la primera columna las acciones, el estilo de vida o las relaciones de las cuales se puede gloriarse genuinamente, positivamente. Enumere, en la otra columna, las acciones, el estilo de vida y las relaciones que le harían sentirse avergonzado. ¿Encontró alguna que podría ir en cualquiera de las dos columnas? ¿Cuál o cuáles? ¿Por qué?

■ Investiguemos la Palabra

1. Busque en su concordancia la palabra *pobre*. Elija diez pasajes de los profetas menores (desde Oseas a Malaquías) que contengan esta palabra y léalos junto con su contexto inmediato. Enumere las similitudes que encuentra con Santiago. Haga lo mismo con la palabra *rico* y/o *acaudalado*. Busque ahora en el Evangelio de Lucas y encuentre cinco textos de cada categoría y repita con ellos el ejercicio.
2. Utilice una concordancia para encontrar todas las referencias en las cuales los escritores bíblicos comparan la vida humana con una flor. Escriba las distintas lecciones que se pueden extraer de ese estudio. Compare sus descubrimientos con el comentario acerca de la palabra “flor” en algún diccionario bíblico.

■ Estudio Adicional de la Palabra

1. Un comentario excelente, detallado y sensible al marco social de este pasaje es el de R. P. Martin, titulado *James*.
2. Véase P. Maynard-Reid, *Poverty and Wealth in James*, para

acceder a un estudio detallado de este pasaje. Véase especialmente el capítulo “The Great Reversal”, pp. 38-47.

3. Para una exposición bíblica acerca de la manera en que los cristianos son llamados a compartir su riqueza con los pobres, véase P. Maynard-Reid, “Called to Share” en *The Midas Trap* (pp. 65-70), editado por David Neff. Todo el libro, muchos de cuyos capítulos aparecieron originalmente en *Christianity Today* (12 de mayo de 1989), es un recurso excelente desde la perspectiva evangélica sobre el tema de la pobreza y la riqueza. Véase también G. M. Stulac, “Who Are ‘the Rich’ in James?”
4. Elena de White escribió numerosas declaraciones referidas al tema de compartir con los pobres. Una porción amplia de este tema se encuentra en *Testimonies for the Church*, tomo 3, pp. 511-521, y lleva por título “Duty to the Unfortunate”.

CAPITULO TRES

Bendiciendo o Culpando

Santiago 1:12-18

Cuando un individuo enfrenta pruebas, pérdidas, reveses, injusticias y sufrimientos, ¿cómo debería responder? Esta es ahora la pregunta que le preocupa a Santiago. El sugiere que hay dos respuestas: una positiva y otra negativa. El ya delineó la positiva cuando dijo a sus lectores que consideraran como sumo gozo el hecho de enfrentar diversas pruebas (1:2). La razón de ese pensamiento positivo es que esas pruebas desarrollan perseverancia (v. 3). Santiago continúa con esta línea de razonamiento cuando trata de responder la pregunta implícita: ¿Cómo responde uno a las pruebas, pérdidas, reveses, injusticias y sufrimientos? La primera respuesta es, positivamente, con perseverancia (v. 12).

Pero también hay una respuesta negativa para el sufrimiento y las pruebas. Dentro de la comunidad de Santiago existían quienes, en lugar de perseverar y considerar puro gozo el enfrentar dificultades (vs. 2, 3, 12), no sólo se rinden a los efectos de las pruebas sino que culpan a Dios por tentarlos. Santiago reacciona ofreciendo un tipo práctico de teodicea, una explicación de la existencia del mal a la luz de la bondad y soberanía de Dios. Dios no es quien tienta, sino que esas tentaciones resultan de un deseo interior, personal y malo. Para Santiago, Dios no tienta a nadie (compare con Mateo 6:13; Lucas 11:2); él no es el originador del mal y de la tentación, sino la fuente de cosas buenas solamente. Él concede sólo dones buenos y perfectos (1:16-18).

■ Introduzcámonos en la Palabra

Santiago 1:12-18

Luego de leer los versículos 12-18 varias veces, realice los siguientes ejercicios:

1. Busque los textos que aparecen en los márgenes o al pie de su Biblia. Anote los textos de otras partes de la Biblia que tengan las analogías más llamativas con este pasaje de Santiago. ¿Encontró algún texto que difería de Santiago o que enriqueció su comprensión del argumento de él? ¿Cuáles? Si encontró diferencias, ¿cómo las explica?
2. Lea los versículos 12-15. ¿Encuentra lugares en los que sería mejor o más natural usar la palabra *prueba* en lugar de *tentación*, y viceversa? Escriba su propia paráfrasis de estos versículos usando *prueba* y *tentación* donde parece más apropiado. Mencione entre paréntesis por qué hizo esas elecciones.
3. Busque las palabras *tentación*, *tentar* u otra derivada de ella en una concordancia bíblica. Anote los pasajes que indican quién o qué es la fuente de tentación. Compare estos textos con el argumento de Santiago de los versículos 13-15. Explique el argumento de Santiago respecto de la fuente de la tentación a la luz de los pasajes que usted encontró.
4. Use una concordancia para identificar los textos que hablan de la “corona” como regalo o recompensa. Escriba los textos. Junto a cada pasaje haga una anotación (de acuerdo con el contexto) acerca de si la referencia es a la corona del vencedor (atlético o militar) o a una corona regia, como las de la realeza.

■ Exploremos la Palabra

Bendiciones de la Perseverancia

El tema de la perseverancia continúa preocupando a Santiago en

1:12-18. Está trabajando sobre un solo pensamiento al comienzo de su epístola (vs. 2-18). Su foco está puesto en las pruebas que está pasando su comunidad. Anteriormente notamos que los sufrimientos, las pruebas, son variados, de muchos tipos (v. 2). Aunque Santiago no da ejemplos de las pruebas en los versículos 2-8, la lectura del resto de la epístola parece confirmar que su preocupación está centrada mayormente en las pruebas externas. Se centra en angustias y pruebas tales como, por ejemplo, la opresión económica (2:6; 5:4), peleas físicas (4:1, 2), enfermedad (5:14) y otros tipos de problemas (v. 13). Es evidente, a partir de su primera ilustración en 1:9-11, que él desea que sus lectores comprendan que las pruebas que está tratando son externas. En los versículos 9-11 bosqueja, en términos inequívocos, la gran inversión: los ricos, a quienes les va bien y que no están enfrentando pruebas, pasarán y serán destruidos (vs. 10, 11). Por otro lado, los pobres, que son de condición humilde y que están pasando por pruebas relacionadas con la subsistencia económica, serán exaltados (v. 9).

Es en esta línea de pensamiento que Santiago ofrece su primera de dos bienaventuranzas (v. 12; véase el v. 25 para la otra). La bendición es para los que tienen una respuesta positiva cuando enfrentan las pruebas. Vale la pena notar aquí que el versículo 12 es el texto central en la estructura y el argumento de Santiago. Forma parte de un argumento acerca de cómo responden quienes sufren las pruebas. La respuesta puede ser positiva o negativa. El doliente puede responder perseverando (v. 12) o culpando a Dios, acusándolo de tentar a la víctima (v. 13). Anteriormente notamos que las dos palabras, *prueba* y *tentación*, son traducciones de una misma palabra griega: *peirasmós*. “Pruebas” hace referencia al sufrimiento externo, mientras que “tentación” hace referencia a las pruebas internas. Parecería bastante claro que en el versículo 2 Santiago está hablando acerca de las presiones externas que uno soporta diariamente. En los versículos 13 y 14, sin embargo, *peirasmós* parece referirse a la experiencia interna de la tentación a cometer pecado. Nuestra pregunta aquí es: ¿Cuál es el significado en el versículo 12? La mayoría de los eruditos interpretan *peirasmós* aquí de la misma manera que en el versículo 2, argumentando que 1:12 está

concluyendo el argumento de todos los versículos precedentes o está volviendo atrás y es paralelo al versículo 2. Otros estudiosos de la Biblia interpretan *peirasmós* en el versículo 12 de manera diferente. En lugar de ser el versículo que concluye los versículos 1-11, perciben el versículo 12 como un versículo introductorio a los versículos 13-15 y opinan que, por lo tanto, debería ser traducido como “tentación”. Parecería, sin embargo, que en el versículo 12 Santiago está consciente de la ambigüedad de la palabra y está jugando con su doble significado. Este versículo sirve, entonces, como un versículo de transición; resume el argumento de los versículos 2-11 y al mismo tiempo introduce la discusión de los versículos 13-18. El hecho es que tanto las pruebas externas como las tentaciones internas forman parte de las luchas perennes que enfrentamos en nuestra existencia cotidiana.

La respuesta positiva a las pruebas es en Santiago la perseverancia. El repite aquí (v. 12) la posición que afirmó en los versículos 2-4. Cuando enfrentamos pruebas de cualquier tipo (opresión, injusticia, ataques, reveses, pérdidas, enfermedades, etc.), deberíamos considerarlas sumo gozo y perseverar. En el versículo 12, el autor continúa ensalzando las virtudes de la paciencia y la perseverancia con el mismo vocabulario que utilizó anteriormente. La perseverancia en ambos lugares es activa. Implica resistencia y coraje, no la actitud pasiva y sumisa que a veces llamamos “paciencia”. Como hicimos notar en nuestra exploración de los versículos 2-4, el uso que Santiago hace de la palabra perseverancia tiene un sentido activo en este contexto. Es la misma palabra utilizada en el libro extratestamentario 4 Macabeos en relación con el valor y la paciencia de siete hermanos, su madre y el sacerdote Eleazar, actitud que condujo a la derrota de los opresores sirios en el siglo II a.C. (véase el capítulo 1, la p. 48). La perseverancia, por lo tanto, tiene el significado de resistencia activa. Hace referencia a alguien que es constante, inamovible e inquebrantable, una persona que no sucumbirá al dolor, a la opresión, a la angustia o a la desesperación. Y a esa persona se le promete una bendición.

Este versículo (v. 12) nos recuerda la octava y novena bienaventuranzas de Jesús en la versión que da Mateo del Sermón del Monte.

Allí Jesús dijo:

Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros (Mateo 5:10-12).

La bienaventuranza de Santiago difiere de la de Mateo en varias áreas. En primer lugar, la persecución no es el contexto del sufrimiento en ninguna parte de Santiago. Aunque no podemos desecharla por completo, sólo puede incluírse como argumento del silencio, ya que Santiago no lo menciona. En segundo lugar, y más importante, la bienaventuranza de Santiago no se pronuncia sólo sobre la persona que es probada, y que pasa por pruebas (o como en el caso de Mateo, que es perseguida), sino sobre la que persevera activamente y es paciente. La intención de este dicho de Santiago es estimular la perseverancia durante este período de intenso sufrimiento por el cual está pasando su comunidad.

La bendición, que se asegura al perseverante, tiene un componente tangible. A los que han soportado la prueba se les promete la corona de la vida (1:12). “¿Qué es esta corona?” ¿Es la corona del ganador, un premio atlético o militar? ¿O es una corona regia, mostrando la posición exaltada o eminente del destinatario? Aunque un gran número de estudiosos de la Biblia tienden a ver que el contexto admite que se interprete la corona como un “premio” para el ganador, no podemos descartar que Santiago haya tenido en mente el significado de “corona regia”. Especialmente en vista de que los versículos anteriores (vs. 9-11) hablan del tema de la exaltación-humillación. Sin embargo, sería mejor que no especuláramos acerca de si es una corona de victoria o una corona de la realeza. Estamos en cambio seguros de que es algo que se promete a los que aman a Dios (v. 12).

La promesa de una corona (o una “guirnalda”, como puede

también traducirse la palabra) como recompensa data de los tiempos del Antiguo Testamento. El libro de Proverbios tiene ejemplos interesantes en los cuales la promesa de una corona/guirlalda está unida al otorgamiento de sabiduría. Por ejemplo, en las primeras exhortaciones a abrazar la sabiduría, el sabio declara que las instrucciones del padre y las enseñanzas de la madre “serán hermosa diadema en tu cabeza y collar en tu garganta” (1:9, NBE). Más adelante, en el mismo libro, se identifica a la sabiduría como una mujer, quien, si es estimada y abrazada, “te engrandecerá” y “te honrará”. Pero más todavía, “pondrá en tu cabeza una diadema hermosa, te ceñirá una corona esplendente” (4:8, 9; véase también 12:4; 16:31; 17:6).

Santiago pudo haber tenido en mente este antecedente acerca de la sabiduría (siendo su libro tan rico en ese tema), pero es probable que desee que sus lectores piensen en la corona en términos de las recompensas escatológicas futuras de cuando el Señor venga. Si esto fuera verdad, entonces Santiago 1:12 puede compararse con el *Libro de la Sabiduría* (un libro apócrifo que fue escrito aproximadamente 75 años antes de la Epístola de Santiago) y que dice: “Los justos, en cambio, viven eternamente: en el Señor está su recompensa, y su cuidado a cargo del Altísimo. Recibirán por eso de mano del Señor la corona real del honor y la diadema de la hermosura” (5:15, 16, BJ). Este foco escatológico también se encuentra en escritos bíblicos posteriores a Santiago. Pablo dice al final de su existencia terrenal: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida” (2 Tim. 4:7, 8). Es, sin embargo, en la carta a Esmirna donde la yuxtaposición del sufrimiento con la corona se parece más a la de Santiago. El revelador cita al Señor: “No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida” (Apocalipsis 2:10; véase también 1 Pedro 5:4).

La interacción entre el sufrimiento y la corona ha penetrado no

sólo el pensamiento cristiano a lo largo de la historia sino también las expresiones artísticas dentro del cristianismo. A menudo vemos la corona entrelazada con la cruz, una expresión simbólica de que la victoria surge al soportar las pruebas. Muchos mártires cristianos a lo largo de los siglos, así como millones de cristianos que han pasado por pruebas económicas y sociales, obtuvieron fuerza y sostén de promesas como ésta de los escritos de Pablo: “Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Romanos 8:18). Es así que hoy en día el hijo de Dios, mientras lleva la cruz, espera la corona. La cruz simbólica puede ser física, cuando la salud de una persona está estropeada; puede ser económica, cuando no hay seguridad financiera o existe una amenaza inminente de pérdida de la seguridad; o puede ser social y relacional, cuando el cónyuge es infiel, abusador o abandona el matrimonio. No importa cuál sea la cruz simbólica o la prueba, Santiago pide perseverancia, y promete una corona. El hecho es que el verdadero hijo o la verdadera hija de Dios no dejará de amar a Dios ni siquiera cuando las pruebas y aflicciones sean muy intensas. Esa es la razón por la cual se promete la corona “a los que le aman” (1:12).

Culpando a Dios

Anteriormente notamos que la palabra *peirasmós* puede ser traducida como “pruebas” o como “tentación”. Sólo el contexto puede determinar si la expresión se refiere a aflicciones externas o a la seducción interna tendiente hacia el pecado. Parecería que hasta este punto (1:13), Santiago está hablando fundamentalmente de las pruebas externas. Ahora dirige su atención específicamente a las tentaciones internas. Deberíamos notar, sin embargo, que no todos los eruditos bíblicos sienten que se debe acentuar la diferencia; por lo menos, algunos dudan de que Santiago tuviera la intención de hacer tal distinción. Por ejemplo, George Stulac sugiere que “las tentaciones que [Santiago] tiene en mente son especialmente aquéllas que aparecen en el contexto de las pruebas de sus lectores; por ejemplo, la tentación a albergar odio o a vengarse de quienes

los han perseguido, o la tentación al ser codiciosos o celosos en medio de sus dificultades económicas” (*James*, p. 53). Aunque Stulac puede no ser muy exacto en su identificación de las pruebas a las que se refiere Santiago, su punto es bueno si se tiene en cuenta que las tentaciones podrían haber surgido de las pruebas.

Lo más probable es que Santiago estuviera tratando aquí las respuestas a las pruebas externas de quienes están sufriendo. A medida que sus lectores enfrentan diversas pruebas, el desafío de Santiago es: “¿Cómo responden?” Las pruebas que estaban enfrentando posiblemente se convirtieron en ocasiones de tentación, y ellos a su vez respondieron intentando echar la culpa a alguien. Esto es bastante comprensible, porque muy a menudo nosotros culpamos a nuestros padres o a alguna otra persona por lo que hemos llegado a ser. O como Flip Wilson, un famoso comediante norteamericano, que popularizó la frase: “¡El diablo me lo hizo hacer!” Es verdad que las personas, las circunstancias e incluso las fuerzas del mal nos afectan, pero las personas de la comunidad a la que Santiago escribió parecen haber ido más allá de eso y culpado a Dios, diciendo: “Dios me está tentando” (v. 13). Posiblemente pensaron que Dios, con malos designios en mente, los estaba probando o que se había dado por vencido con ellos y los había abandonado a su suerte. O posiblemente que estaban simplemente luchando con su situación y no podían entender el papel de Dios en ella.

Esto hace surgir la antigua pregunta de la teodicea —los intentos de reconciliar la bondad y la soberanía de Dios con la existencia del mal—, especialmente según se expresa a través de la pregunta: ¿Por qué sufren los justos? Los lectores de Santiago deben haberse preguntado en voz alta por qué suceden cosas malas, así como nosotros hoy luchamos con la pregunta de cómo armonizan cosas como el SIDA, el cáncer, el cólera, los terremotos, los huracanes, las guerras, etc., con el hecho de que Dios es bueno. Es interesante notar que Santiago no aclara este tema de la teodicea, aunque en este punto sería muy oportuno hacerlo. Posiblemente considera que es un problema serio. O más probablemente, puesto que la pregunta es más teórica que práctica, no está interesado en ocuparse de ella. Él no desea abordar el problema de si un Dios bueno puede

permitir el mal; su interés está puesto en argumentar que Dios no es la causa eficiente de las tentaciones. La causa principal de la tentación no radica en Dios.

Santiago está haciendo aquí lo que muchos escritores judíos ya habían hecho en el pasado; a saber, disociar a Dios de las pruebas y tentaciones. Observemos un par de ejemplos. En Génesis 22:1 encontramos el relato de cuando Dios probó a Abrahán y le ordenó que ofreciera a su hijo Isaac. Sin embargo, en un documento anterior al Nuevo Testamento (pero posterior al Antiguo Testamento) es Mastema, o Satanás, y no Dios, quien prueba a Abrahán (Jubileos 17:16). En el relato de Jubileos, Satanás actúa como fiscal, como en el caso del relato de Job (véase Job 1:6 a 2:8).

Aun más significativos son los relatos diferentes que encontramos en 2 Samuel y 1 Crónicas con respecto a quién tentó o incitó a David a hacer el censo de su pueblo. En 2 Samuel 24:1, el narrador afirma claramente que “volvió a encenderse la ira de Jehová contra Israel, e incitó a David contra ellos a que dijese: Ve, haz un censo de Israel y de Judá”. Sin embargo, en 1 Crónicas 21:1 no es el Señor, sino Satanás quien “se levantó contra Israel, e incitó a David a que hiciese censo de Israel”. Esta contradicción debe entenderse a la luz del hecho de que en las culturas más antiguas, la gente le atribuía el mal a las fuerzas demoníacas, a los dioses o a Dios. En el Israel temprano (cuando fue escrito 2 Sam.) el pueblo hebreo no atribuía los acontecimientos a las fuerzas demoníacas. Para ellos, Dios era el autor y originador de todas las cosas, tanto buenas como malas. Cuando, por un lado, ocurrían calamidades o desgracias o se daban órdenes negativas, o cuando, por el otro lado, se derramaban bendiciones o se daban órdenes positivas, la fuente siempre era el Dios hebreo todopoderoso, Jehová. Sin embargo, para la época en que se escribió 1 Crónicas (algún tiempo después de la cautividad babilónica), el pueblo judío había desarrollado una nueva perspectiva acerca de quién iniciaba el bien y quién iniciaba el mal. Era importante para ellos en esa época proteger a Dios de cualquier conexión con el mal. Por lo tanto, no podía ser Dios quien incitó o tentó a David; debió ser Satanás.

Santiago, al igual que estos autores y pensadores judíos tardíos,

disociaba a Dios de las pruebas y las tentaciones. Pero a diferencia de ellos, él no le echa la culpa al diablo, sino que pone la responsabilidad moral directamente a los pies del individuo. Esta es posiblemente la afirmación bíblica más fuerte acerca de la responsabilidad personal. Esto es precisamente lo que está diciendo Santiago cuando escribe: “Cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido” (1:14).

Al colocar la culpa sobre el individuo, Santiago probablemente está haciendo referencia a la enseñanza rabínica del “impulso malo”, de la “inclinación mala”, o del “instinto malo” (el *yetser hará*). Es la inclinación interna que agujonea a la persona, que la insta a pecar. Algunas traducciones más antiguas de la Biblia usan la palabra *concupiscencia* en el versículo 14 para describir el impulso interior hacia el mal. Sin embargo, estamos equivocados si entendemos que Santiago se está refiriendo a tentaciones de orden sexual. Hoy en día, la palabra *concupiscencia* tiene mayormente una connotación sexual, pero algunos siglos atrás quería decir simplemente un deseo fuerte o inclinación. Las traducciones castellanas modernas de la Biblia generalmente usan la palabra *deseo* en el versículo 14. El concepto en Santiago y en las enseñanzas rabínicas judías va más allá de la sexualidad y está más íntimamente relacionado con un impulso interior que se asemeja al *id* de Freud. No es el “yo” ni el “ego”. Pero puede controlar al “ego” y llevarlo al pecado. (Deberíamos observar aquí que en el Nuevo Testamento las palabras *deseo* y *concupiscencia* provienen del mismo término griego: *epithumía*. Depende del contexto si se lo usa en forma positiva, negativa o neutral.)

Es bastante probable que en Romanos 7:7-23 Pablo esté bastante cerca también de la enseñanza rabínica del impulso malo que ha dominado a los seres humanos desde la caída en el Jardín del Edén. En estos versículos, Pablo habla del “yo” o “ego” que está haciendo justamente lo opuesto a lo que desea la naturaleza espiritual. Por ejemplo, él escribe:

Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago... Porque el querer el bien

está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago (Romanos 7:15-19).

En el argumento de Pablo, sin embargo, es el pecado, no el “ego”, el culpable: “Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí” (v. 20). Lo que Pablo llama “pecado” en este contexto es probablemente la misma cosa que Santiago llama “malos deseos” (DHH). Sin embargo, el argumento de Santiago no se refiere al pecado y la lucha interna; tiene que ver con quién es el responsable de la tentación. Para Santiago, son los malos deseos del propio individuo.

En 1:14 y 15, Santiago utiliza una serie de palabras-imágenes y metáforas para captar la esencia de lo que ocurre cuando los malos deseos tienen éxito. En primer lugar, en el versículo 14 dice que la persona es atraída y seducida. Simón Kistemaker sugiere que aquí Santiago está echando mano del arte de la pesca: “Un pez ve el señuelo y es tentado a atacar. Cuando el pez se apodera de la camada, repentinamente es arrastrado y paga con su vida su inocencia e ignorancia” (*James*, 49). Pero los seres humanos no pueden sostener que son ignorantes e inocentes. Somos tentados por nuestros propios deseos. Santiago nos priva de toda excusa que nos permita colocar la culpa sobre otra persona o cosa. La causa está dentro de nosotros. La culpa por la trampa, el engaño y la seducción es personal.

En el versículo 15, Santiago cambia las imágenes y las metáforas. La progresión del mal ahora se describe gráficamente en términos del proceso reproductivo humano. (Por supuesto, es posible que el v. 14 estuviera utilizando la metáfora del seductor o seductora que tienta a una persona con la cama, y que el v. 15 describa el resultado del amorío.) Hay un proceso de “concepción, incubación, gestación y reproducción” (Martin, 32). Pero Santiago no se detiene allí. Después del nacimiento viene la madurez y la muerte, ¡un desastre!

Lo que pinta Santiago es oscuro. Pero no se centra en esta imagen; se centra en Dios. Quiere hacer claro que no se debe culpar a Dios por la tentación a hacer el mal, tentación que a veces acompaña las pruebas. Dios no inicia estas pruebas y tentaciones. Más

bien, la culpa está en nuestro interior. Santiago niega que los poderes externos a nosotros —ya sea Dios, el diablo, las estrellas o la astrología— sean los culpables. Lo que dice es análogo a los famosos versos de Shakespeare en *Julio César*: “La falla, querido Brutus, no está en nuestras estrellas, sino en nosotros”. ¡Ya no puedo decir que Dios, las estrellas, ni siquiera que el diablo me hizo hacerlo! No hay nadie a quien culpar sino a mí mismo.

Bendiciones de lo Alto

Santiago concluye esta sección (1:12-18) con un contrapeso positivo para las declaraciones negativas de los versículos 13-15. Acaba de expresar muy claramente que Dios no es el originador de las tentaciones. Ahora confirma este punto con lo positivo. Las tentaciones no se pueden originar en Dios, porque él envía sólo cosas buenas desde lo alto (v. 17). Más aún, puesto que en él “no hay mudanza, ni sombra de variación” (v. 17), es imposible que él envíe el mal. Creer lo contrario, negar que las bendiciones de “toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces” (v. 17) es estar completamente engañado (v. 16).

Es interesante que Santiago incluya “los astros” (DHH, NBE) en este versículo. ¿Podría ser, como sugiere Ralph Martin, que sus lectores creían que estaban bajo el poder de las fuerzas astrales y del fatalismo, y de ahí que dudaban de la bondad del carácter de Dios y no lo consideraban mejor que un ser finito atrapado en todos los cambios que ocurrían? (31). Si esta sugerencia tiene alguna credibilidad, entonces Santiago está contrarrestando esa creencia y argumentando lo contrario. Dios es el creador de las luminarias y no es influido por los incontables cambios que ocurren en el universo y en el mundo natural. Cuando eres tentado, dice Santiago, no culpes a Dios ni a la astrología ni al fatalismo ni a otros poderes. Más bien recuerda que de Dios sólo vienen bendiciones.

No pasemos por alto demasiado rápidamente dos palabras importantes que usa Santiago para resaltar atributos significativos de Dios: *perfecto* y *cambio*. Primero, no importa qué declaraciones hagamos acerca de Dios, debemos comenzar y terminar con el hecho

de que él es perfecto. Cualquier definición de Dios que incluya la imperfección y el mal es herejía. Por lo tanto, es imposible que Dios sea malo, haga el mal o envíe el mal. Para Santiago, entonces, este atributo de Dios excluye todo elemento de mal en cualquiera y todos los dones con los que bendice a la humanidad. Segundo, esta idea acerca del carácter de Dios permanece firme. Bajo ninguna circunstancia Dios será imperfecto alguna vez. Por lo tanto, él siempre será el dador del bien y nunca el originador del mal.

El argumento de Santiago termina con el más maravilloso don otorgado por Dios: la creación de los seres humanos. En el versículo 18 encontramos un paralelismo antitético del versículo 15. En contraste con el versículo 15, donde se concibe el impulso malo, nace el pecado y produce la muerte, el versículo 18 presenta a Dios en un papel femenino, como quien nos da a luz y es el agente responsable de que seamos “primicias de sus criaturas”. Es por ello que las bendiciones de lo alto son dobles: la creación y la nueva creación. ¡En lugar de culpar a Dios, debemos bendecirlo!

■ Apliquemos la Palabra

Santiago 1:12-18

1. ¿Culpo a veces a Dios (o a Satanás) por las pruebas o tentaciones, cuando, al reflexionar en la situación, me doy cuenta de que ninguno de los dos fue responsable de lo ocurrido? Mencione dos o tres de esas ocasiones.
2. ¿He usado algunas veces —deliberadamente o sin darme cuenta— signos astrológicos para explicar mi conducta? ¿Tiene algo que ver el “signo” bajo el que nací con mis acciones? Explique de qué manera habla este pasaje de Santiago acerca del tema.
3. ¿Cómo ha respondido en el pasado la pregunta: “Por qué sufren los justos”? Resuma de qué manera le ha ayudado este

estudio de Santiago a cambiar o perfeccionar su comprensión de este problema.

4. ¿Cómo trato con los “malos deseos” que hay dentro de mí? ¿Me arrepiento de sus resultados y confieso que la tentación viene de mi propia inclinación hacia el mal? ¿O tiendo a ignorarlos o proyectarlos hacia alguna otra cosa? Explique.
5. Haga una lista de diez dones “buenos y perfectos” que Dios le concedió durante esta última semana.

■ Investiguemos la Palabra

1. Compare Santiago 1:13 con Mateo 6:13. ¿Son contradictorios? Explique su respuesta. Busque Mateo 6:13 en un buen comentario bíblico. La explicación que usted da a ese versículo, ¿es parecida a la del comentario? Si es diferente, explique las diferencias.
2. Busque en su concordancia las palabras *concupiscencia* y *deseo* en el Nuevo Testamento. (Si usted tiene una concordancia con ayudas lexicográficas griegas, busque sólo los casos que son la traducción de *epithumía*.) Seleccione cinco pasajes para cada palabra y analícelos. ¿Qué pasajes utilizan la palabra en forma positiva? ¿Cuáles la usan en forma negativa? ¿Hay ocasiones en las que es neutral? ¿Está en desacuerdo con alguna de esas traducciones? Si es así, mencione con cual y explique por qué está en desacuerdo.
3. En la primera pregunta de la sección “Introduzcámonos en la Palabra”, al comienzo de este capítulo, usted notó las llamativas analogías con Santiago 1:12-18 que aparecían en otras partes de la Biblia, incluyendo, quizá, muchos otros textos que, al igual que el versículo 17, declaran que Dios no cambia. Busque ahora los textos que aparecen en las referencias marginales de Génesis 6:6. ¿Enseñan estos pasajes una teología diferente de la de los citados en

conexión con Santiago 1:17?

■ Estudio Adicional de la Palabra

1. Véanse los comentarios de Elena de White acerca de las “tentaciones” y de su procedencia en *El discurso maestro de Jesucristo*, 66-68.
2. Para un estudio textual e histórico de los antecedentes de los “malos deseos” en el judaísmo, véase J. Marcus, “The Evil Inclination in the Epistle of James”.
3. Vea la obra *James*, de R. P. Martin, que constituye un comentario adecuado y completo de estos versículos.

